

ser del sacerdocio como ministerio, que continúa, el ministerio y sacerdocio de Cristo.

Aunque las formas y expresiones del ministerio puedan adquirir un legítimo y necesario pluralismo, la identidad sacerdotal se mantiene, permanece, afincada en la tradición doctrinal de la Iglesia.

En este clima de preocupaciones sacerdotales, emergiendo notoriamente, con nitidez admirable, se nos viene a los ojos la figura sacerdotal del Cura Valera.

Ya es significativo, de por sí, que el título que denomina a Don Salvador Valera sea, precisamente, el de "Cura", antonomásticamente, con mayúscula. Frente al término maltratado, — entonces y ahora —, de "el cura", la palabra cualificadora, — más sustantivo que adjetivo —, de "el Cura" Valera.

Don Salvador queda identificado plenamente como Cura, que es tanto como decir ministerio pastoral, o sacerdocio ministerial.

Y, partiendo de esta idea básica, toda la vida de Don Salvador no es sino un desarrollo eficaz del ministerio pastoral. De coadjutor a párroco, su nombre está vinculado a las comunidades cristianas que apacentó y rigió como "buen pastor". Los términos eran distintos de los de ahora, pero una e idéntica la realidad. Las "comunidades parroquiales" de nuestro tiempo, eran entonces "feligresías".

Al párroco se le asigna como misión la de "presidir" la "asamblea".

En su tiempo el párroco estaba "al frente" de su iglesia. Cuestión de términos, como se ve. La figura es la misma.

El Cura Valera vivió su ministerio apasionadamente. Dentro de una apariencia serena, de un equilibrado talante, se encerraba un alma que era pura llama viva. Su sacerdocio, su ministerio, no pudo ser fácil

ni cómodo: la misión de Cristo no lo ha sido jamás.

La problemática sacerdotal era, poco más o menos, la nuestra. Descreimiento, indiferencia, anticlericalismo, en lo religioso. Y, en lo social, el subdesarrollo, el clasismo, la pobreza, la incultura, los desniveles humanos.

Valera se mueve dentro de este cuadro con la agilidad del espíritu de Dios. Su instrumento será la palabra. La predicación, la catequesis, el diálogo. Y la entrega absoluta a la gente que la Iglesia le ha confiado. Le preocupaban los problemas humanos en toda su integridad, porque entendía la salvación del hombre en su sentido más evangélico. En estrecha relación con Dios, en íntima vivencia de lo sobrenatural, se abre magníficamente a los hombres.

Pesa sobre nosotros el grave deber de no olvidar la espléndida y ejemplar lección del Cura Valera.

A los sacerdotes nos ofrece una sugestiva y actual realización del sacerdocio ministerial. Y, a la comunidad cristiana, la visión certera de lo que es y debe ser el sacerdote.

Si hacemos una llamada al entusiasmo, si reclamamos atención, interés y amor hacia el santo cura; si, en una palabra, deseamos verlo en los altares; no nos mueve un deseo de glorificaciones locales o un afán de ostentación triunfalista. Queremos que, en justicia, sea reconocida la figura del Cura Valera como un estímulo modélico para los ministros de Dios. Reconocimiento de un ministerio sacerdotal, — encendido fuego de caridad evangélica —, que, desde la distancia de su muerte y en la cercanía de su intercesión ante el Señor, el Cura Valera viene realizando.

JUAN HERNANDEZ, Pbro.

Ocurrió en Julio pasado, después de visitar muchos médicos, hacerme análisis y radiografías, llegaron a la conclusión de que tenía que operarme rápidamente, de lo contrario me desfiguraría progresiva pero velozmente y la muerte no se haría tampoco esperar, pues habían llegado a la conclusión de que tenía un tumor que crecía rápidamente en la silla turca o sea en el centro de la cabeza y era de muy difícil operación.

No me quedaba otra alternativa. Hube de decidirme, aunque yo sabía lo que eso suponía, pues lo estaba viendo constantemente en otras personas que tenía a mi alrededor y de otras que por referencia sabía. La mayor parte de posibilidades era que me quedara inútil de algunas de mis facultades tanto físicas como mentales pero los doctores temían sobre todo por mi vista, pues según ellos era lo que más peligraba.

Una buena amiga, viendome siempre con mis dolores, hacía tiempo que me había dado una reliquia del Santo Cura Valera, de la que yo no me separaba nunca, confiando siempre que el me ayudaría, y gracias a Dios y a él así fué. A todas horas me acordaba del Santo Cura Valera y de nuestra

Entré en la sala de operaciones con la reliquia atada a la muñeca (único sitio donde me dejaban llevarla) y junto a ella una medallita de la Milagrosa que me dieron las hermanas de la clínica. A las 7 horas de entrar en la sala de operaciones salieron los doctores y les dijeron a mis familiares que estaban de suerte: todo había salido bien. Ellos estaban maravillados.

Yo desde luego no tengo ninguna duda. Reconozco la habilidad de los médicos y el adelanto de la medicina, pero el éxito total de la operación se lo debo al Santo Cura Valera que se había acordado de mis muchas súplicas y me había concedido una de sus muchas gracias. Pues mi operación es la tercera de España de su especialidad y la primera con éxito completo.

Al relatar esto solo quiero colaborar para su pronta beatificación y para que ocupe aquí en la Tierra el lugar que todos nosotros deseamos para él.

L. P. G.